

**¿A DONDE NOS LLEVA LA REALIDAD?
APORTES Y BÚSQUEDAS DE LA VIDA RELIGIOSA EN ÁMBITOS DE
EXCLUSIÓN.**

M^a Antonia López Arroyo aasc

1. Introducción

Cuando estos días estaba preparando mi aportación para esta mesa, en uno de los periódicos locales y gratuitos de la ciudad, en pleno arranque de campaña electoral, en boca de uno de los políticos, aparecía el siguiente titular: **“ Voy a implicar a la Banca para combatir la pobreza”**, y en la misma página, en titulares más pequeños aparecían también: **“Los pobres son cada día más pobres”** y **“ Cuanto más ricos somos, más pobreza hay”**.

Me pareció interesante la noticia, por los datos que ofrecía, y por la sensibilidad y preocupación que desde el ámbito de la política se mostraba hacia la *realidad de la pobreza*, tan presente, en nuestra llamada *sociedad del bienestar*. Se proponía como respuesta revolucionaria e innovadora un Plan de actuación para luchar contra la pobreza. La noticia me alegró y ojala, desde el *ámbito político*, pasase de ser una propuesta o un simple slogan de campaña electoral a ser realidad.

Pero a renglón seguido pensé, y ¿Cuál es la inquietud y propuesta, desde el *ámbito de la vida religiosa*, ante las nuevas pobrezas con las que hoy nos encontramos?, ¿ qué es lo más específico, cuáles son los aportes, que desde nuestro *ser, estar y actuar* en las distintas realidades donde nos movemos podemos aportar? Sin duda, que a estas preguntas, entre todos, queremos dar respuesta en estas Jornadas.

Por mi parte, reconozco que fui un poco ingenua y atrevida al aceptar participar en esta mesa y sentarme esta mañana aquí para decir una palabra acerca del *“Vino nuevo “* de una Vida Religiosa, que estoy convencida, que emerge y brota renovada desde el contacto habitual con las nuevas pobrezas y ámbitos de exclusión. Pero también es verdad que es un tema que me apasiona y ante el que me sitúo en una actitud fundamental de búsqueda, una búsqueda que como decíamos, ha sido compartida por los que componemos esta mesa y sin duda, compartida también con todos vosotros y vosotras.

Teniendo como telón de fondo la ponencia: *“ ¿ Qué Vida religiosa para otro mundo es posible? (que en las Jornadas del año pasado ya nos introdujo en esta reflexión, y búsqueda), y partiendo de mi propia experiencia personal, quisiera compartir con vosotr@s algunas convicciones y cuál es el sabor de este vino nuevo que la V. R va empezando a degustar.*

2. ¿ A dónde nos lleva la realidad...?

Situándome y situándonos en el título que se nos propone en esta mesa: **¿ “A dónde nos lleva la realidad ? Aportes y búsquedas de la Vida Religiosa en ámbitos de exclusión”**, de entrada nos pone en una actitud de interrogarnos, el punto de partida es una pregunta, no es una respuesta absoluta y de aquí arranca mi primera convicción: la Vida religiosa es una realidad dinámica, no es un modo de vida definido de una vez por todas y para siempre ,ante todo, es movimiento, es una forma de vida, que *“se gesta desde lo hondo de la experiencia (de aquí su capacidad de novedad permanente) y se va tejiendo en la apertura y reciprocidad del encuentro con lo diferente, del encuentro con la realidad...”*

Una realidad que nos lleva a permanecer despiert@s, a dejarnos afectar por ella, a vivir la vida asumiendo la condición común de los otros, sin separarnos de ellos, compartiendo sus vidas, acogiendo y bendiciendo siempre, haciéndonos eco de sus deseos y expectativas, pero también de sus miedos y heridas. Se nos quiere presentes en los enclaves de la humanidad, allí donde la gente vive y trabaja, sufre y sueña, espera y desespera.

Se nos invita a sumergirnos en la realidad para percibir como toda ella está llena de la presencia de Dios. A situarnos en ella de manera activa; de hecho, hay muchos modos de estar en la realidad, no es lo mismo estar en la barrera mirando la plaza, que bajar a ella, son dos momentos radicalmente distintos de percibir la realidad: estar como espectadores o estar como hombres y mujeres implicados en la vida.

La implicación vital es un rasgo fundamental de este vino nuevo de la Vida Religiosa, implicación que pasa por mirar, acoger, escuchar, transformar, hacerme cargo de la realidad, , adentraros en los caminos de la vida para encontrarnos con rostros concretos.

La realidad puede ser transformada en la medida en que nos impliquemos en ella, no en la medida que simplemente la miremos y observemos ; como dice Toni Catalá: *“Adentrarse en la realidad supone al igual que Jesús percibir e implicarse en esas realidades cotidianas , humanas, que nos hacen tocar fondo de vida y realidad”*.

Es lo que hacía Jesús al adentrarse en los caminos de Galilea, en los caminos de la vida, para encontrarse con los rostros concretos de su gente. En cada encuentro de Jesús se da el gesto, la implicación, la ternura, la práctica, la sanación, la denuncia, la liberación, la posibilidad de levantarse, de reecontarse como hij@, la posibilidad de vida...

Los relatos de los encuentros de Jesús con los hombres y mujeres, con los pobres y excluidos de su cultura y de su tiempo son el mejor referente para nosotr@s que nos sentimos seguidor@s de su vida y de su causa que es el Reino.

- Ante la mujer encorvada durante muchos años de opresión y sufrimiento (Lc 13,10-17), el encuentro de Jesús la endereza, la levanta, la pone en pie, y entonces comienza dar gloria a Dios.
- Ante la mujer manchada , estigmatizada, excluida de la comunidad de los limpios(Lc 8, 43-48) el encuentro con Jesús la limpia ,le genera vida.
- Ante la viuda indefensa que ha perdido su única compañía y sustento (Lc 7,13) Jesús se conmueve, acompaña su dolor y le devuelve su apoyo, su fortaleza y compañía. A cambio Jesús no le pide absolutamente nada. Todo El es pura gratuidad y comprensión.

Es situándonos en la realidad “desde abajo” y desde el “encuentro real y concreto” con el rostro y la vida de otros y otras, como se va modificando nuestra sensibilidad, nuestro modo de percibir . Se genera, así, un doble movimiento: el contacto con la realidad nos “transforma y nos cambia” , va configurando nuestra vida y a su vez , nos empuja a transformar y a cambiar dicha realidad.

3. Algunos aportes y búsquedas

Desde esta perspectiva, quiero señalar algunos de los aportes y búsquedas que están empujando hoy en la vida religiosa a un proceso de transformación

3.1. La centralidad de una espiritualidad encarnada, de frontera:

Desde la espiritualidad de la encarnación reconocemos que Dios habita la realidad más humana de la vida, por ello desde que Jesús se hizo “uno de nosotros” todo el misterio de Dios se encierra en los rostros.

Se trata de vivir la presencia del misterio de Dios recorriendo todos los entramados de la historia de los hombres, de cultivar una espiritualidad que descubre lo cotidiano como lugar del encuentro con Dios. Pero también es cierto que discernir esta presencia en una historia compleja y llena de ambigüedades, requiere conjugar análisis social y profetismo, racionalidad y mística. Mística entendida como “hambre de la experiencia de Dios” que exige interioridad, encuentro con Dios y mirada atenta a la situación doliente del mundo que nos rodea, escuchar “el clamor” de nuestro mundo, es lo que J.B Metz , con una expresión feliz ha denominado “ *mística de los ojos abiertos*”, mística del sufrimiento y de la compasión, de la responsabilidad incondicional frente al otro que desemboca en una “mística política”.

3.2. Vivir codo a codo con los otros:

El nuevo estilo de Vida religiosa marcada por una *espiritualidad encarnada* nos sitúa en el centro de los problemas vitales de nuestro mundo y nuestro tiempo, como diría Bonhoffer, desde una actitud de acompañamiento solidario, de búsqueda y diálogo conjunto, de relaciones igualitarias y recíprocas, de compromiso persistente, de resistencia ante la dureza de las situaciones...

3.3. Pasar del yo al nosotros:

Este estilo de fe y espiritualidad desplaza el centro del yo al nosotros, del individualismo a la conciencia comunitaria y colectiva. La fraternidad y la solidaridad humanas es lo primero. Este autodescentramiento conduce a actitudes de gran respeto hacia los demás por su condición humana, independientemente de su credo, cultura, de que su rostro se encuentre desfigurado o no. Se genera así la experiencia de la *inclusión, donde todos nos sentimos sentados a la misma mesa*, peregrinos por los mismos caminos del mundo.

El cultivo de la interioridad, como fuente que nutre nuestra vida, no nos aparta de la realidad social, ni potencia una oración evasiva, sino que una y otra vez, como dicen los místicos del zen "volvemos al mercado" a interesarnos por la cotidianidad y a ejercer la compasión efectiva.

3.4 Descubrir el sentido y la fuerza de lo frágil

Adentrarnos en los contextos de exclusión es adentrarnos en el misterio de la grandeza y fragilidad del ser humano, es ir descubriendo el rostro humano de Dios. Lo últimos y excluidos de nuestra sociedad, como dice Jon Sobrino son "lugar teológico" privilegiado de revelación y encuentro con Dios. Nos evoca al Dios revelado en Jesús, un Dios que se duele por los fracasos de la humanidad. Un Dios humano, revelado en lo más humano, solidario con todo lo humano. La cruz es la expresión suprema de la encarnación de Dios, manifiesta la actitud entregada del amor que no se impone y de la impotencia que libera y salva. Esta visión de la cruz y del crucificado nos permite ver a los pobres, oprimidos y excluidos a una luz distinta de la ética. No se trata sólo de indignación y análisis, de compromiso y cambio de estructuras, sin duda, necesarios e imprescindibles; se trata, de ver el rostro humano de Dios y de captar en ese ser humano la revelación de las entrañas misericordiosas de un Dios Padre- Madre que se estremece y compadece ante el sufrimiento de los pequeños.

El Dios crucificado nos invita aproximarnos a los heridos del camino para identificarnos con ellos, para mostrarles y mostrar sobre todo a los verdugos en que consiste la humanidad, la humanización

4. Para un compromiso real con las nuevas pobrezas

Por ello, para que nuestro compromiso sea real y verdadero con las nuevas pobrezas tenemos que estar más atentos y atentas y no huir, ni esconder nuestra mirada ante la realidad adversa y dolorida

Vivir desde una espiritualidad encarnada y liberadora supone dejarnos afectar por la vida y sufrimiento de los pequeños y excluidos, entrar en comunión con ellos para generar nuevos ámbitos de vida.

Para hacer este recorrido quiero señalar tres pistas que nos pueden ayudar:

1) *Ser compasiv@s en una cultura indolente*¹

Las nuevas pobrezas de nuestra cultura están diseñadas a partir de los nuevos ídolos a los que se adora. El ídolo de nuestra cultura tiene un triple rostro: el *rostro del insolidario bienestar*, el *rostro del consumo desenfrenado* y el *rostro de la seguridad exclusiva y excluyente*.

Vivimos en una cultura indolente, que quiere apartar de sí la vista del dolor y nos convierte a veces en meros espectadores de un mundo roto.

Una gran parte de las nuevas pobrezas tienen como origen la incapacidad para descubrir el sufrimiento de los demás. El rostro desfigurado del que sufre, incomoda al bienestar egoísta y fragiliza nuestra felicidad.

La **compasión** es la señal del Dios de Jesús. Se nos invita a volver a hacer los recorridos de la compasión, a reconocer los “rodeos” que damos para no tropezarnos con el caído en el camino.

Desde nuestras relaciones, desde nuestras estructuras y estilos comunitarios tendremos, pues, que asegurar mejor las prácticas compasivas de la mirada, de las manos, de los pies, del corazón.

2) *Ser acogedores en una cultura inhóspita*

Frente a una cultura excluyente, la vida religiosa está llamada a cultivar la hospitalidad y la inclusión.

Las nuevas pobrezas producen una cultura de la segregación que nos hace extraños a unos de otros. Es una cultura en la que se va construyendo una sociedad de la satisfacción: una isla superprotegida en medio de un océano de inhumanidad y de miseria.

Cultura inhóspita, es decir, carente de la hospitalidad, incapaz de hacer un sitio para el que, desde la intemperie, nos está solicitando un lugar de asilo, un hueco en nuestra casa.

La esclavitud a que nos somete la cultura de la exclusión es la fractura de la fraternidad: pero nadie pierde nunca la calidad de hermano. Ni el extraño, ni

¹ Catalá, T. La implicación compasiva en una cultura indolente.

el diferente, ni el ajeno a nuestra tradición y a nuestra cultura. La hospitalidad es una forma de sabernos semejantes, de compartir la misma indigencia de la condición humana.

La tradición bíblica nos recuerda que Dios se hace peregrino en el extraño...

En una cultura inhóspita, es decir nada hospitalaria, la vida religiosa quiere poner la marca de la acogida, los brazos abiertos del corazón. Aquel que se nos acerca en la fría noche y nos pide posada puede ser el mismo Hijo de Dios que no encuentra acogida en nuestro mundo.

3) La Eucaristía como el hogar del Amor universal.

La Eucaristía ofrece al mundo una Mesa reconciliada donde nadie sea excluido, ni extranjero para nadie; en ella aprendemos a hacer memoria comunitaria de Jesús. Nuestro propio cuerpo, el de nuestras comunidades, y el cuerpo de nuestras congregaciones, se convierten en el espacio disponible para el Espíritu, en el que poder recrear la vida de Jesús hoy. Sólo desde el cuerpo llegamos a los otros y sólo desde él nos dejamos afectar por los demás. No tenemos posibilidad de hacer realidad el sueño de Dios si éste no pasa por nuestra manos, nuestros pies, nuestra boca, nuestros ojos, nuestros oídos, si todo nuestro cuerpo personal, comunitario y social no va siendo cada vez más afectado por el suyo.

Conclusión:

Para concluir y retomando la imagen del "vino" y los "odres", el vino nuevo en la vida religiosa se refiere a la parte esencial, a lo profundo de la vida, a lo más genuino; el odre es el recipiente, aquello que contiene esa esencia, se refiere a lo externo, a la estructura, a la institución, aquello que es imagen y por tanto se ve.

Pues bien, estoy convencida que desde la parcialidad de mi aportación quedan muchos aspectos por tratar y rastrear de este *vino nuevo* que va dando un "nuevo sabor" a nuestro modo de ser y estar en la realidad.

Vino nuevo que sabe a espiritualidad encarnada, a implicación vital, a interioridad y transformación, a dinamismo y libertad, a mirada atenta y compromiso, a inclusión y fraternidad, a fuerza de lo frágil y pequeño, a mirada compasiva y gratuidad...

Es vino nuevo que no puede contenerse en odres viejos porque los rompe y revienta, es vino nuevo que necesita odres nuevos... pero para completar esta tarea están el resto de los componentes de esta mesa, y sobre todo, estamos todos y todas nosotras que en el "día a día" nos empeñamos porque esto sea realidad.

